

# Como en un cuento de Antonio Pereira

Carlos Losilla

Ilustración de Alamito

Hace algunos años, en estas mismas páginas, me referí al libro de Antonio Pereira *Las ciudades de Poniente* en una breve reseña. Creo recordar que se trataba del primer número de *Lateral*, aunque la verdad es que no lo podría asegurar. Lo que sí puedo decir es que se trataba -y se trata- de un libro de cuentos y -ahora lo sé- uno de los mejores libros de cuentos escritos en este país en los últimos años. Entonces, sin embargo, no lo creía así, sobre todo por una cuestión que me parecía trascendental: una especie de desequilibrio entre la reflexión metaliteraria que proponían sus páginas y la descripción del ambiente en el que se movían muchos de sus personajes, que se me antojó inmerso en un tipismo lleno de tópicos y clichés. "Metaficción y costumbrismo", se titulaba el artículo. Y yo veía a Pereira como un provinciano irredimible, uno de los últimos reductos de esa tendencia de la literatura española que parece identificar al país con sus raíces rurales, con su memoria agrícola, con la pequeña ciudad aburrida y gris. Estas consideraciones acababan oscureciendo irremisiblemente sus mejores cualidades. Era una lástima que aquel escritor tan dotado se dejara llevar por sus impulsos más primitivos. Este país, definitivamente, no tenía remedio.

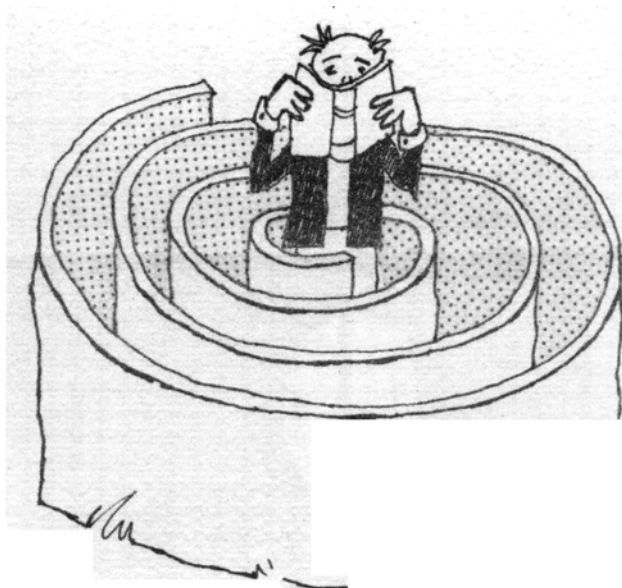
## Críticas con acuse de recibo

Poco tiempo después de la aparición de la reseña recibí una extraña carta. Cuando vi en el remite el nombre de Antonio Pereira no pude evitar un suspiro de fastidio. Por entonces, mi única experiencia al respecto se limitaba a otra misiva en la que un veterano novelista, flamante autor de una novela de ochocientas páginas, se quejaba de que el suyo me hubiera parecido un texto demasiado voluminoso. Y se quejaba larga, dolorosa, amargamente.

De cualquier forma, yo dudaba de que pudiera volver a soportar algo parecido. Muy al contrario, no obstante, Pereira no sólo me felicitaba por mi artículo, sino que decía comprender y aceptar mis críticas y reparos. Quedé estupefacto. Y así se lo hice

constar en mi respuesta, en la que me mostraba enormemente sorprendido por el hecho de que un autor de este país, tan proclive a la resistencia numantina, acogiera de buen grado cualquier observación respecto a su obra que no fuera un elogio. Pereira me adjuntaba igualmente un ejemplar de uno de sus libros anteriores, *Picassos en el desván*, que me apresté a leer sin más tardanza. De momento, la cosa quedó ahí. Durante los años siguientes, no obstante, he ido recibiendo puntualmente noticias de Antonio Pereira, por supuesto coincidiendo con la aparición de alguno de sus libros. Y también yo, incomprensiblemente, fui cambiando de opinión, llegué a lamentar haber escrito el famoso artículo.

Pero todo tiene un antes y un después, nada se produce poco a poco, siempre existe un acontecimiento que provoca el giro definitivo. Creo que fue a principios de



este año cuando, una tarde de invierno, recibí una llamada telefónica: "¿Carlos? Soy Antonio Pereira. Sólo te llamo para decirte que te he enviado mi último libro por correo, que me avises si no lo recibes." No supe qué decir. Seguro que balbucí alguna que otra frase de compromiso y colgué enseguida. Lo que aún no puedo entender de ninguna manera es que alguien como Pereira, un señor respetable y sin duda muy ocupado, perdiera el tiempo lastimosamente cultivando mi indeseable amistad: todas las dedicatorias tuyas que he recibido incluyen la palabra "amigo". ¿Y si se

tratara de una trampa, de una tela de araña perfectamente urdida para atraparme en ella? Por no hablar del telefonazo, a modo de golpe de efecto final...

Sea como fuere, recibí el libro. Y sea como fuere, lo leí. Ése fue, por supuesto, el aldabonazo final. Se titulaba, se titula *Me gusta contar* (Taller de Mario Muchnik), y es una recopilación de cuentos realizada por el propio Pereira: "Selección personal de cuentos." Los relatos eran los mismos, ya los había leído. Poco antes, su autor me había enviado su última colección, *Relatos sin fronteras* (Junta de Castilla y León). De modo que debió de ser la disposición, la nueva organización del texto. O quizá la propia selección. O bien... No lo sé. El caso es que sólo entonces lo vi todo claro. Pero ¿era yo el que lo había visto? ¿O todo formaba parte, como decía, de un plan cuidadosamente elaborado, de una trama que debía concluir precisamente en ese punto, una faceta más del Pereira-demiurgo que gusta de aparecer como tal en algunos de sus cuentos? Porque, en efecto, en ese momento pude comprender

cabalmente que el tema esencial de la narrativa pereiriana es la narración como manipulación, como reinención del mundo, y el narrador como el aprendiz de brujo que mezcla elementos, convoca alquimias y dispone mentiras de modo que parezcan verdades como puños. De ahí la frecuente aparición de otros escritores célebres en sus relatos. Y de ahí también que todo lo que parece real sea sólo una representación de lo real, al tiempo que lo fantástico adquiere un cierto perfil realista.

Es más, ni siquiera el constante recurso al costumbrismo tiene que ver con la realidad. El error -imbécil, ¿cómo no pudiste verlo entonces?- estriba en abordarlo desde ese punto. Las descripciones, las alusiones, la recreación de ese mundo provinciano que tanto parece gustar a Pereira no están contempladas desde punto de vista documental alguno, sino que acaban erigiendo una especie de Arcadia perdida, de enclave mitológico desde el que no sólo se pueden narrar historias, sino también urdir las, darles forma. El país de los relatos sin fronteras, las míticas ciudades de Poniente. Muchos cuentos de Pereira tratan precisamente de ese proceso, dejan al descubierto el esqueleto de la narración, incluso el itinerario de su fabricación. Al escritor en cuestión no sólo le gusta contar sino también contar cómo se cuenta. Y, en consecuencia, necesita un escenario, un lugar desde el que narrar que, además, constituya en sí mismo un mundo aparte y enrarezca cualquier tipo de contacto con la realidad para poder cuestionarla.

No importa, en fin, si él me tendió la trampa o yo mismo quedé atrapado en mi propio juego. Lo que importa es que el funcionamiento del proceso ha quedado al descubierto y ha ejercido su fascinación sobre unos y otros. Como si se tratara de uno de sus cuentos.